

UNA CITA ESPECIAL

Durante una estancia hospitalaria el tiempo se ralentiza, desde la cama de un hospital, las horas se nos antojan eternas. Es entonces cuando los pensamientos, incluso aquéllos que hacíamos dormidos, se agolpan en nuestra mente en un inusitado intento de convertirse en ideas, y esas ideas en decisiones. Empiezas a visualizar la equidistancia que hay entre la realidad y lo que siempre has dado por bueno, y que de alguna manera si bien por esto, por lo otro, o por aquéllo siempre ha habido algo o alguien moviendo los hilos de tu vida como si de una marioneta se tratara. De todos es sabido que guardar el equilibrio ante la vida es un difícil reto.

Cuando nos aquejan las dolencias físicas a veces van acompañadas de lo que algunos denominarían “mal del alma”, tristeza, desasosiego, melancolía... Otros preferimos pensar que, al igual que el cuerpo, la mente también nos juega malas pasadas. Lo del alma, preferimos dejarlo en ese limbo donde habitan las creencias más íntimas y otras cuestiones morales.

El presente año nos ha encarado con nuestra fragilidad, con su macabro reparto de dolor, enfermedad, pérdida y perplejidad ante ese enemigo invisible que ha invadido nuestra sociedad. Esta situación nos alerta de que nunca es tarde para quererse uno mismo un poco más, a la vez que se hace piña con los demás ante la adversidad. A pesar de la debacle sufrida, afortunadamente, el ser humano es inasequible al desaliento y habrá otra oportunidad.

Puede que sea el momento de tener una “cita especial” con nosotros mismos, un encuentro entre las personas que fuimos y las que somos hoy, donde primara una seria declaración de intenciones para convertirnos cada uno de nosotros en ese “yo” que siempre quisimos ser, y encarar el futuro sin miedo a ese lastre de desconfianza, celos y la paralizante inseguridad que nos inmoviliza.

Puede que suene a utopía, pero las utopías nos dan esperanza, nos mantienen en la lucha, y esa lucha nos hace fuertes, y lo que nos hace fuertes propicia la victoria.